

---

Cullin, Olivier, *Breve historia de la música en la Edad Media*, traducción de Jordi Terré, Paidós, Barcelona, 2005; 130 pp.

---

Como parte de su colección «De música», dirigida por Ramón Andrés, Paidós nos entrega esta traducción de la *Brève Histoire de la Musique au Moyen Âge* de Olivier Cullin. El autor se desempeña actualmente como profesor de musicología medieval en la Universidad de Tours e investigador del Centro de Estudios Superiores de Civilización Medieval de la Universidad de Poitiers. Es además miembro, entre otros, de la Sociedad Francesa de Musicología, de la Sociedad Internacional de Musicología y del comité de redacción de los *Cahiers de civilisation médiéval*.

Como señala el título del libro, se trata de una «breve historia» de la música medieval. Que es breve resulta inmediatamente evidente: en efecto, no es posible calificar de otro modo un estudio que se mueve entre San Agustín y el *ars nova* del siglo XIV en poco más de un centenar de páginas. Ahora bien, esto no implica en absoluto que convenga entenderlo como una mera introducción al tema citado. Ya desde el comienzo se deja bien claro que el estudio de la música –o mejor, del *ars musica*– del período revela al investigador una extraordinaria diversidad de caracteres y dimensiones, razón por la cual un acopio ostensivo, incluso limitado a sus manifestaciones más notables, tendría, por fuerza, que superar las dimensiones de este volumen. Lo que intenta –y magistralmente consigue, a nuestro parecer– el profesor Cullin es destilar los elementos esenciales de la concepción medieval de este arte, entregando así una panorámica general que, al mismo tiempo, hinca firmemente sus raíces en la realidad singular de los acontecimientos históricos. En sus propias palabras, la cuestión es «proponer una lectura simple y breve que ilustre la variedad del fenómeno musical para un hombre de la Edad Media» (p. 11). Se trata, por consiguiente, de una historia en el más estricto sentido de la palabra y con meritorio cumplimiento de las exigencias que ello conlleva, bien que sea una breve.

La obra está dividida en tres partes, atendiendo a los tres ámbitos de presencia de la música en el mundo medieval distinguidos por el autor: la música como filosofía, la música como lenguaje y la música como producto social. La primera parte, titulada «La música, la idea y el orden del mundo», explora en tres capítulos («Un arte del Número audible», «Las musas, la fragua y el agua» y «Cantar la belleza del mundo») cómo, a partir de las tradiciones bíblica y griega, se construye una cosmovisión triádica en la cual la música viene a ser la expresión audible, material, del orden connatural a la Creación; manifestación, por tanto, de la perfección de la obra divina. Se analizan, a este efecto, las exposiciones acerca de la naturaleza de la música realizadas, las definiciones y etimologías propuestas, y los análisis de los efectos emotivos y estéticos llevados a cabo por los intelectuales y estudiosos del período.

La segunda parte, que lleva por encabezamiento «La música y su lenguaje», atiende al problema del lenguaje en la música medieval. Sus dos capítulos («El lenguaje modal» y «El

ritmo») desarrollan las dificultades inherentes al paso de una tradición oral a la escritura, examinando la aplicación de las reglas teóricas en un contexto de creciente modulación de las formas expresivas concretas; melódicas, en el primero, y rítmicas, en el segundo. Se detiene aquí sobre las obras de Aureliano de Réomé y Hucbaldo de Saint-Amand, además del *Musica Enchiriadis*, de autor desconocido. La exposición se beneficia de un acertado uso de ejemplos transcritos en notación musical actual.

Finalmente, la tercera parte, cuyo título es «La música y la sociedad medieval», trabaja la música medieval en el marco de la dinámica social en que se desarrolla. Un primer capítulo («La Iglesia y la formación de su repertorio musical») se hace cargo del desarrollo de este arte en el mundo eclesiástico, la diversidad de manifestaciones locales (ligada a los diferentes ritos existentes) y su suerte frente a la gradual unificación de la Cristiandad. El segundo («El mundo de la Corte») revista la mutua influencia entre trovadores y nobles en la creación de la cultura cortesana, desde el duque Guillermo IX de Poitiers hasta los papas de Aviñón, momento para el cual la producción musical ya denota una fuerte ligazón al poder.

Sin duda, uno de los puntos más fuertes de la obra lo constituye el acucioso examen de las diversas fuentes realizado por el autor, tanto en atención a la cantidad de documentos trabajados como a la detención con que se consideran y contextualizan éstos. Es así que este estudio supera el estadio de una presentación, correcta pero abstracta, de las «ideas medievales» y se convierte en una auténtica exploración del espíritu y de los hombres del período estudiado a partir de su concepción de la música. Por otra parte, no obstante los citados méritos de este opúsculo, se echa en falta la presentación de bibliografía concurrente. Es cierto que ya es de uso más que habitual la prescindencia de notas a pie de página en libros que, como el ahora reseñado, pretenden navegar con elegancia entre la divulgación y la academia, instruyendo al lego a la vez que discutiendo con el experto; sin embargo, creemos que no habría desvirtuado esta intención la inclusión de, cuando menos, una breve orientación bibliográfica actualizada. Sin embargo, como ya se ha dicho, se trata de una observación menor a un trabajo muy logrado.

MANUEL BARROS